

## DIFERENCIAS INDIVIDUALES EN AGRESIVIDAD JUVENIL: UNA REVISIÓN

Pablo Sánchez de la Flor<sup>1</sup>  
*Universidad Complutense de Madrid*

### Resumen

En el presente trabajo de fin de grado se realiza una revisión bibliográfica sobre siete variables que presentan una correlación estadísticamente significativa con la agresividad en jóvenes y adolescentes. Las variables elegidas fueron: sexo, edad, impulsividad, distorsiones cognitivas, estrategias de regulación emocional, estilos parentales y educativos ineficientes y presencia de conducta antisocial. Todas las variables revisadas, incluidas el sexo (varón) y la edad (entre 12 y 15 años) correlacionaron positivamente con la aparición de conductas agresivas en jóvenes. Las estrategias parentales positivas y las de regulación emocional adecuada se establecieron como buenos inhibidores de la conducta agresiva según la literatura disponible. Ante las premisas obtenidas en este trabajo se propone investigar en la conciliación de las variables descritas, en favor de la construcción de un modelo teórico sobre la agresividad.

**PALABRAS CLAVE:** *agresividad, adolescentes, variables, impulsividad, emociones.*

### Abstract

This final undergraduate project fulfills a literature review in relation to seven variables which display a statistically significant interrelation with aggressive behavior in youth and teenagers. The chosen variables were: sex, age, impulsivity, cognitive distortions, cognitive emotion regulation strategies, parental and educational unsuitable styles and the presence of antisocial behavior. All the variables analyzed including sex (male) and age (between 12 and 14 years) show a positive interrelation with the emerge of aggressive behavior in youth. Positive parental strategies and appropriate emotion regulation strategies as well, have been settled as good inhibitors of aggressive behavior according to the available literature. Given the premises obtained in this work it is proposed to investigate in the conciliation of the described variables in favor of the construction of a model and / or tool to explain / measure aggression in young people more effectively.

**KEYWORDS:** *aggressiveness, teenagers, variables, impulsivity, emotions.*

### Introducción

La agresividad es una dimensión que está presente de manera constante en nuestras vidas. Desde que somos pequeños y manifestamos nuestras primeras rabietas hasta la sobreexposición a las conductas violentas que sufrimos a día de hoy a través de la televisión o redes sociales estamos en pleno contacto con este concepto que denominamos agresividad. Por otra parte, la delincuencia violenta es uno de los temas que más preocupa a las sociedades del siglo XXI. El creciente aumento de las políticas públicas dirigidas a la seguridad frente a este tipo de conductas en las sociedades europeas actuales responde al

---

<sup>1</sup> Pablo Sánchez de la Flor. Facultad de Derecho. Universidad Complutense de Madrid. Campus de Somosaguas. 28223 *Correspondencia:* Pozuelo de Alarcón. Madrid.

*Correo electrónico:* [pablsa08@ucm.es](mailto:pablsa08@ucm.es)

*Fecha de recepción del artículo:* 1-9-2017

*Fecha de aceptación del artículo:* 2-4-2018

impacto que tiene la delincuencia violenta sobre la percepción de seguridad de las personas. De esta manera, y dado que delincuencia violenta y agresividad están íntimamente ligados, el estudio de las variables que componen esta constelación de conductas es imprescindible para comprender el fenómeno y en última instancia ayudar a mejorar las estrategias dirigidas a la lucha contra este tipo de delitos.

La selección de las variables analizadas en este estudio responde a los conocimientos previamente adquiridos durante el transcurso de la formación universitaria. Las asignaturas de Psicopatología criminal, Delincuencia Juvenil y Psiquiatría criminal y forense han sido determinantes a la hora de establecer cuáles serían los factores objeto de estudio en este trabajo. Esta revisión pretende analizar si las variables finalmente seleccionadas son dignas predictoras de la agresividad. Así, se hipotetiza que el comportamiento impulsivo, la percepción de la agresividad y de sus consecuencias como algo positivo, estrategias de regulación emocional deficientes basadas en la negación o la rumiación, las estrategias parentales muy rígidas o muy indulgentes y enfocadas en el rechazo y la aparición temprana de conductas antisociales en adolescentes son buenos predictores de la agresividad.

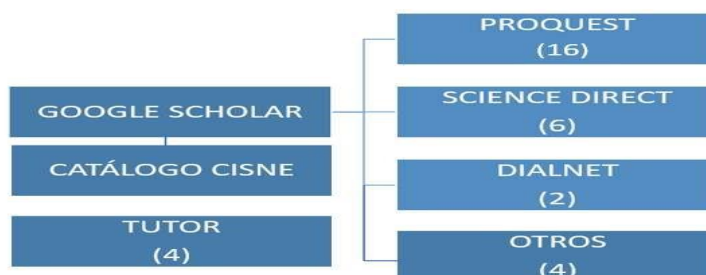
### Objetivos y metodología

El objetivo principal del trabajo es ahondar en la capacidad predictiva de ciertas variables seleccionadas sobre la agresividad con el fin último de establecer una base teórica inicial para la posterior construcción de una herramienta y/o un modelo de la agresión basado en las relaciones entre las distintas variables y su poder predictivo. Las limitaciones propias de este tipo de trabajos han conducido más bien a una aproximación teórica básica a las variables que podrían componer dichos instrumentos.

En torno a la metodología utilizada (ver Figura 1), como hemos adelantado previamente, ha sido la revisión bibliográfica. Inicialmente se propusieron 39 artículos para la presente revisión bibliográfica de los cuales, finalmente fueron 32 los estudios revisados de manera completa. Los criterios de selección responden principalmente a: la disponibilidad, el idioma (sólo se revisaron artículos en castellano e inglés), la valoración por expertos y la incorporación de variables directamente relacionadas con la agresividad.

La bibliografía que compone este trabajo ha sido extraída principalmente a través de tres fuentes: El catálogo Cisne de la Universidad Complutense de Madrid, el buscador académico Google Scholar y la aportación directa de parte de la bibliografía por el tutor del presente TFG. Cuatro de los artículos revisados fueron facilitados por el tutor, el resto responden a una búsqueda activa a través de las fuentes citadas. Dichas fuentes redirigieron la búsqueda a una serie de bases de datos entre las que se cuentan: Dialnet (2), Proquest (16), Routledge (1), Science Direct (6), SpringerLink (1), Wiley Online (1) y la Australian Journal of Psychology Online (1):

**Figura 1.** Esquema de búsqueda bibliográfica



Comprender las causas de la agresividad y la agresión durante la infancia y su posterior evolución durante la adolescencia es un ámbito crucial en la investigación actual debido a la importancia de conocer cuáles son los mecanismos y procesos psicológicos que influyen en este tipo de comportamientos para poder intervenir sobre ellos (Andreu, Peña y Larroy, 2010). Se define agresividad como la tendencia a atacar, dañar o provocar a otros intencionalmente y la agresión como un comportamiento observable cuyo objetivo es causar un daño a otra persona, en cierto contexto o situación (Toldos, 2005).

El concepto de agresividad ha sido discutido ampliamente por la comunidad científica debido a su carácter multifactorial y a la cantidad de factores etiológicos que influyen en ella. Hay distintas opiniones tanto en la propia conceptualización del fenómeno como en la categorización de sus distintas manifestaciones. Podríamos clasificar la agresividad por cómo se manifiesta (física o verbalmente), por cuál sea su naturaleza (directa o indirecta) o por la motivación del agresor (proactiva o reactiva) (Raine et al., 2006).

En esta revisión bibliográfica, en consonancia con la clasificación utilizada en la gran mayoría de artículos revisados, nos ceñiremos a las categorías de agresividad proactiva y reactiva propuestas por Dodge y Crick (1996) basadas en el modelo del procesamiento de la información social. Si bien esta clasificación se estableció más adelante, la conceptualización de ambos subtipos de agresión se desarrolló previamente. Así, la agresión reactiva surge del modelo de la frustración desarrollado por Dollard, Doob, Miller, Mowrer y Sears (1939) y modificado con posterioridad por Berkowitz (1965). Por otro lado, la agresividad proactiva como concepto se gesta en el modelo del aprendizaje social de Bandura (1973). Debido a la alta concurrencia entre comportamientos agresivos reactivos y proactivos en ciertos individuos, Penado, Andreu y Peña (2014) en consonancia con otros autores, proponen la incorporación de un subtipo de agresividad mixto.

La agresividad proactiva se caracteriza por ser una estrategia planificada y consciente llevada a cabo por el individuo para obtener un beneficio (Penado, Andreu y Peña, 2014). No requiere de una especial activación emocional ni somática, es instrumental y organizada. Está ampliamente relacionada con la falta de empatía y la insensibilidad emocional. El desplazamiento de la responsabilidad y la falta de empatía mantienen el autoconcepto del individuo y la valencia positiva de la agresión. La presencia de este tipo de agresividad está íntimamente relacionada con el comportamiento delictivo posterior, la conducta antisocial y la psicopatía como parece indicar la práctica totalidad de la bibliografía consultada (Raine et al., 2006).

Por otro lado, la agresividad reactiva, según Raine et al. (2006) se desencadena a causa de una amenaza percibida (real o sesgada) y conlleva una alta activación emocional, altos niveles de impulsividad, hostilidad y déficits en el procesamiento de la información. La principal motivación de este tipo de agresión es un intenso deseo de dañar a la víctima sin que se busque un objetivo específico. Está relacionada con la baja tolerancia a la frustración, déficit en inteligencia emocional y como respuesta a conflictos sociales en los que el sujeto carece de herramientas suficientes para responder solventar la situación con otro resultado. Está asociada además con el desarrollo de rasgos esquizotípicos y límites en la adolescencia y la primera edad adulta (Raine et al., 2006). El tipo mixto se desarrolla cuando ambas manifestaciones de la agresividad se dan de manera conjunta. Las investigaciones al respecto parecen concluir que la presencia de ambos subtipos agrava el carácter violento de los comportamientos delictivos de este tipo de individuos (Barker, Tremblay, Nagin, Vitaro y Lacourse, 2006).

Muchas variables influyen en el desarrollo de un tipo u otro de agresividad o de la confluencia de ambos. Impulsividad, sesgos cognitivos, estilos parentales inadecuados, desinhibición, trastornos de personalidad... son variables que influyen de manera más o menos relevante en la aparición de la agresividad y de sus distintas manifestaciones. Debido al carácter multifactorial de la agresividad que ya adelantamos al inicio, realizaremos un análisis pormenorizado de distintas variables que hemos considerado que poseen un valor significativo en el desarrollo de la agresividad en jóvenes.

## *Edad*

Peña (2010), en consonancia con estudios anteriores argumenta que, aunque la expresión de la agresividad parece darse durante la adolescencia como parecen indicar todos los estudios revisados, el momento de su aparición en los jóvenes es anterior. Así, los niños muestran ya conductas físicamente agresivas a los 2-4 años, como rabietas o peleas motivadas por la adquisición de juguetes o golosinas, pudiéndose calificar este tipo de comportamientos como de tipo instrumental. A partir de los 5-6 años el niño comienza a reducir esta conducta violenta fruto de su mayor proceso de socialización, pero en contrapartida aumenta el tipo de agresión hostil y verbal (reactiva) que se hace más común ante la creciente consciencia de los niños sobre las intenciones hostiles de los demás.

A partir de este momento, la población adolescente se segmenta en dos grupos: aquellos que presentan una preadolescencia violenta entre los 12 y los 14 años exhibiendo un gran pico de agresividad que disminuye ligeramente entre los 15 y los 17 y aquellos que no presentan una preadolescencia violenta, cuyo comportamiento agresivo disminuye cada vez más a medida que van aumentando de edad.

La agresividad podría tratarse de un constructo acumulativo y estable en el tiempo. Cuantas más acciones violentas manifieste un niño más probabilidad habrá de que las reproduzca de manera más frecuente e intensa durante la adolescencia.

Esta premisa parece confirmarse a través de los datos empíricos recogidos por autores como García y Céspedes (2001) con una muestra de 3238 alumnos o el llevado a cabo por Elzo (2001) con 7394 participantes de entre 14-18 años. Los resultados de ambas investigaciones muestran el mismo patrón: las situaciones de acoso y violencia física y verbal son mucho más comunes en los primeros años de la ESO, entre los 12 y 15 años.

De hecho, la investigación de Pulido, Seoane y Lucas (2011) refleja que el segundo ciclo de la ESO, es decir, entre los 14 y 15 años, presentaba las mayores tasas de conductas catalogadas como graves, como agresiones, abuso sexual y amenazas con armas blancas.

En esta línea García-Linares et al. (2014) en su investigación enfocada sobre la relación de los estilos parentales con la agresividad, resaltaron que la manifestación de la agresividad fluctúa de intensidad según la edad del alumno evaluado. Así los alumnos de entre 11-12 años se mostraron menos agresivos que sus compañeros de 10 años, pero los alumnos de entre 12-14 años alcanzaron casi el 45% de todas las incidencias por comportamientos agresivos detectados en los centros que colaboraron en la investigación.

Esta premisa concuerda con la curva de la edad del delito (Loeber, Farrington y Redondo, 2011), que coincide en la aparición progresiva de los delitos violentos a partir de los 12 años.

Por otro lado, estudios como el de Samper, Tur, Mestre y Cortés (2008), comentado con más profundidad en la variable sexo, muestra, a través de sus resultados, que la edad está ligada al uso de estrategias de afrontamiento ineficientes. Este efecto se encuentra sobre todo en las chicas, que usan mecanismos de afrontamiento ineficientes a edades más tempranas que tienden a sustituir a medida que crecen. Esto puede explicar, en cierto grado, el mayor consumo de alcohol detectado en mujeres frente a varones durante la adolescencia temprana (Flor y Varela, 2018).

De esta manera, podríamos concluir, que la agresividad se manifiesta en los primeros años de vida y que va evolucionando de manera estable hasta los 5-6 años cuando el niño comienza una socialización secundaria más severa. La preadolescencia es clave en el desarrollo de la agresividad, siendo la edad más vulnerable al desarrollo de este tipo de comportamientos, disminuyendo éstos a medida que el sujeto crece.

### *Sexo*

El sexo es sin duda la variable con mayor valor predictivo de todas las revisadas en este estudio. Casi todos los artículos incorporados han reflejado una prevalencia mayor de agresividad tanto verbal (2.51 vs 2.31) como física (2.61 vs 2.07) empleada de manera directa en los chicos (García-Linares et al., 2014).

En la misma línea Samper, Mestre y Cortés (2008) realizaron un estudio cuyo objetivo era analizar la conducta agresiva en una muestra de 1557 adolescentes de entre 12 y 15 años usando entre otras herramientas la Escala de Agresividad Física y Verbal de Caprara y Pastorelli (1993). Sus resultados mostraron de nuevo que los varones adolescentes mostraban más conductas agresivas que las mujeres de la misma edad. En su caso, achacan esta mayor prevalencia a un mayor uso de estrategias de afrontamiento improductivas en varones, variable que introduciremos más adelante.

Sin embargo, algunos estudios revisados equilibraron esta diferencia entre sexos a través de la introducción de ciertas variables o contextos. La investigación desarrollada por Bettencourt y Miller (1996) introdujo como variables intermedias la provocación y el miedo. Los chicos no provocados eran más agresivos que las chicas no provocadas, sin embargo, ante una provocación externa o la introducción de una situación de temor las magnitudes en agresión inter sexo se igualaban sustancialmente.

Por otro lado, Blasco y Orgilés (2013) desarrollaron una investigación dirigida a evaluar la agresividad de menores de ambos sexos implicados en actividades deportivas como el fútbol y el baloncesto. Se sirvieron de una muestra de 316 menores de entre 7 y 17 años. Para su evaluación usaron la Escala de agresión física y verbal de Caprara y Pastorelli (1993). Sus resultados, en contra de lo esperado, mostraron que las mujeres mostraban más agresividad física que sus homólogos varones. Las investigaciones sobre agresividad normalmente se dan en el ámbito escolar, lo cual complica la replicación y confirmación de estos datos. Los autores proponen que, debido a imposiciones sociales las chicas, tratan de mostrar más valía en el campo de juego y por lo tanto tienden a mostrar más actitudes agresivas contra sus contrincantes.

Las diferencias por sexo no tienen una explicación clara. Los estudios dirigen la atención a variables biológicas como la testosterona, a variables familiares como el mayor uso de estrategias de rechazo y de disciplina rígida con los chicos que con las chicas o incluso distorsiones cognitivas y procesos de refuerzo positivo derivados de una mayor facilidad de lograr objetivos a través de la violencia siendo hombre que siendo mujer.

### *Impulsividad*

La impulsividad es una de las variables más estudiadas en relación con el comportamiento agresivo y violento. También es una de las que más apoyo empírico tiene a la hora de demostrar su relación con las distintas manifestaciones de la agresividad. Barratt (1994) define la impulsividad como la falta de inhibición de respuestas y procesamiento rápido de la información. Según DeWit (2009) y Whiteside y Lynam (2001) la impulsividad como constructo está formada por cuatro componentes: urgencia negativa, falta de perseverancia, falta de premeditación y búsqueda de sensaciones. Además, está caracterizada por tres rasgos: el componente motor, el componente atencional y el componente de no planificación (Patton, Stanford y Barrat, 1995).

Gray (1987) en su modelo BIS-BAS define la impulsividad como la máxima intensidad del BAS (behaviour activation system). El modelo BIS-BAS nace de lo aprendido a través de la experimentación con aprendizaje por condicionamiento clásico. El modelo define dos maneras de reaccionar ante un estímulo, acercarse a él (BAS, sujetos impulsivos muy sensibles a los refuerzos) o evitarlo (BIS, individuos miedosos, desconfiados que tratan de evitar el daño, muy sensibles al castigo, en su máxima intensidad representaría la ansiedad). Así, el BAS, aglutinaría, en una escala unipolar lo que ya

establecía Eysenck (1994) en su modelo PEN como los individuos altamente neuróticos y altamente extravertidos o también denominados por el autor como extravertidos inestables.

Posteriormente Zuckerman (2002) desarrollará su escala alternativa a los Big Five propuestos por Eysenck, la SSS. En esta escala establece cinco rasgos temperamentales que “explican” de manera robusta la conducta humana: Neuroticismo-ansiedad, agresión-hostilidad, búsqueda de sensaciones-impulsividad, sociabilidad, y actividad. Como podemos ver, Zuckerman relaciona de manera íntima la búsqueda de sensaciones con la impulsividad.

Lykken (1995) plantea en su modelo de la vulnerabilidad (diátesis-estrés) que la delincuencia o en este caso una conducta agresiva, se da a causa de la confluencia de: Vulnerabilidad (factor predisponente) + estrés (factor precipitante). Es decir, a pesar de haber un factor predisponente si no hay un factor estresante la conducta no se lleva a cabo. Para Lykken, los factores predisponentes se pueden limitar a tres: búsqueda de sensaciones, ausencia de miedo e impulsividad. Como podemos ver la impulsividad cuenta con un respaldo teórico amplio y sólido que nos permite usarla como una variable predictiva significativa. Por ello, distintos investigadores la han estudiado de manera empírica en su relación con la agresividad:

Andreu, Peña y Larroy (2010) enfocaron su investigación en establecer relaciones entre la impulsividad, la conducta antisocial y las creencias justificativas con la agresividad en adolescentes. Su muestra estaba compuesta 320 adolescentes de entre 12 y 17 años. Los resultados mostraron que la agresión reactiva estaba íntimamente ligada con la impulsividad (.42) y que la agresión proactiva correlacionaba de manera estadísticamente significativa con conducta antisocial de manera directa (.58) y de manera indirecta con las creencias justificativas (.33). Este artículo propone la impulsividad como variable diferencial entre la agresividad reactiva y proactiva en jóvenes. La impulsividad en este caso serviría de catalizador favoreciendo la agresión, sobre todo física, en jóvenes con mucha irascibilidad y poco autocontrol (Morales, 2007). Dos años más tarde, Andreu, Peña y Penado (2012) realizaron una investigación orientada a esclarecer el tipo de relación que hay entre la impulsividad y la aparición de comportamientos agresivos en la etapa adolescente. Para ello seleccionaron a 400 adolescentes de entre 12 y 18 años. El 76,8% de la muestra fue clasificada como no agresivo. El 9% como agresivos reactivos, el 7% como proactivos y el 7,3% como mixtos.

En primer lugar, se analizó la relación de los distintos subgrupos de agresividad con la impulsividad general. La impulsividad de los adolescentes agresivos reactivos (2,40), proactivos (2,52) y mixtos (2,54) fue superior que a las de los no agresivos (2,23). Sin embargo, las diferencias entre los distintos subgrupos de adolescentes agresivos no fueron concluyentes para esta variable. Sobre impulsividad cognitiva no se encontraron diferencias estadísticamente significativas entre ningún grupo. La impulsividad motora, nos muestra diferencias significativas, siendo los adolescentes agresivos reactivos (2,39), proactivos (2,57) y mixtos (2,69) superior al de los no agresivos (2,15). Las diferencias entre intergrupales entre adolescentes agresivos no fueron relevantes.

Por último, la impulsividad no planificadora sólo mostró diferencias significativas en los agresores proactivos (2,40) frente a los no agresivos (2,13). De esta manera, podemos concluir que según este estudio la presencia de impulsividad general y en especial la motora en jóvenes nos sirve para predecir agresividad. Además, la impulsividad no planificadora, en forma de mayor tasa de improvisación y falta de planificación, nos sirve para discriminar a los agresores proactivos frente al resto de grupos de jóvenes agresores. En consonancia con este estudio Penado, Andreu y Peña (2014) realizaron un estudio dirigido a investigar el peso de las variables impulsividad, conducta antisocial y desinhibición en la agresividad en adolescentes. La muestra estaba compuesta por 640 adolescentes entre los 12 y 17 años de edad.

En torno a la impulsividad cabe destacar que muestra una correlación estadística significativa con los tres subtipos de agresión, especialmente con la agresión reactiva (.426). Sin embargo, el peso de otras variables como la conducta antisocial o la desinhibición excluye a la impulsividad en este artículo como un factor único que nos permita discriminar entre grupos, aunque sí se coloca como uno de los

mejores predictores de la agresividad en jóvenes. En conclusión, podemos decir que la impulsividad general y en concreto la motora se constituye como un buen predictor de la agresividad, en especial de la agresividad reactiva.

### *Distorsiones cognitivas*

La investigación enfocada en la cognición en jóvenes ha dejado claro que está íntimamente ligada con la emoción y con el comportamiento. Por ello, el déficit en el funcionamiento del procesamiento de la información a nivel cognitivo influye de manera notable en la conducta llevada a cabo por el sujeto. Así, evaluar procesos cognitivos en jóvenes y si estos están mediados por sesgos es realmente útil si queremos predecir su comportamiento, en este caso, el comportamiento agresivo.

Crick y Dodge (1994) desde la perspectiva del procesamiento de la información social trataron de establecer qué clase de mecanismos cognitivos llevan a un individuo a comportarse de manera agresiva ante un hecho percibido por el propio agresor como una amenaza o un perjuicio. De esta manera el denominado sesgo de atribución hostil, como mecanismo cognitivo defectuoso, intenta explicar la tendencia de los individuos agresivos a atribuir erróneamente hostilidad a sucesos sociales ambiguos, accidentales o incluso benignos (Peña y Andreu, 2012).

Según Beck (2003) las personas agresivas tienen más probabilidad de serlo debido a que les afecta especialmente la percepción que tienen sobre la violación de sus derechos, la pérdida de status o la puesta en duda de su eficacia. El sesgo de atribución hostil generaría “falsas injusticias” no relacionadas con verdaderas transgresiones de derechos del agresor, sino más bien, con la atribución errónea de un significado hostil a un comportamiento que no lo es.

Que un sujeto tenga este tipo de sesgos ante toda clase de comportamientos neutros o incluso benignos limita la probabilidad de que el individuo desarrolle comportamientos prosociales (Dodge, 2010). Los sesgos no sólo influyen en la conducta, sino que también provocan otros cambios a nivel cognitivo, como la interpretación de los hechos de forma egocéntrica, minimizar la responsabilidad o atribuir hostilidad a la víctima. (Beck, 2003; Peña y Andreu, 2012).

Los sesgos por lo tanto también provocan un desplazamiento de la responsabilidad a la víctima que ayudan a salvaguardar un alto autoconcepto y una alta autoestima en el agresor. Esto es sumamente importante debido a que el agresor termina otorgándole una valencia positiva a su comportamiento, aumentando la probabilidad de que lo reproduzca nuevamente en el futuro. Peña y Andreu (2012) realizaron una revisión bibliográfica enfocando su atención en dos de los sesgos que según la literatura disponible están más vinculados con la agresividad. Los más avalados por la comunidad científica son los sesgos cognitivos auto sirvientes y los auto humillantes.

### *Sesgos auto sirvientes*

Los sesgos auto sirvientes ayudan al agresor a lidiar con el sentimiento de culpa, neutralizándolo, produciéndose una traslación de la responsabilidad a la víctima (Barriga et al., 2000). El artículo de Peña y Andreu (2012) introduce las investigaciones más relevantes dirigidas a establecer una correlación estadísticamente significativa entre la presencia de sesgos auto sirvientes y auto humillantes y el desarrollo de conductas agresivas:

Wallinius, Johansson, Lardén y Dernevik (2011) emplearon el cuestionario HIT, el instrumento más popular para medir distorsiones cognitivas. Su estudio iba dirigido a comprobar la presencia de este tipo de sesgos tanto en adultos como en adolescentes. La muestra de adultos constaba con 116 sujetos de entre 20 y 58 años presos en centros penitenciarios y de adultos no delincuentes entre los 18 y los 24 años. La muestra de adolescentes estaba compuesta por 248 adolescentes delincuentes pertenecientes a centros correccionales de entre 14 y 18 años y adolescentes no delincuentes de 13 a 18. Los resultados

del estudio mostraron que los delincuentes mostraban más distorsiones cognitivas que los no delincuentes y que los adolescentes mostraban más distorsiones que los adultos.

Capuano (2007; 2011) realizó dos investigaciones dirigidas a investigar la relación entre las distorsiones cognitivas y la agresividad. En su primera investigación, con una muestra de 239 adolescentes de entre 16 y 18 años, los resultados evidenciaron que las distorsiones cognitivas tenían una correlación estadística significativa con la agresividad y más concretamente con las agresiones físicas. En su segunda investigación trató de comparar la presencia de distorsiones cognitivas entre adolescentes delincuentes y no delincuentes. La muestra era de 1027 adolescentes. Los resultados indicaron que las distorsiones cognitivas auto sirvientes eran predictoras de la conducta agresiva física y social. El sexo (varón) y la edad (primera adolescencia) eran también factores que explicaban la mayor a aparición de sesgos auto sirvientes.

Velden, Brugman, Boom y Koops (2010) enfocaron su investigación en establecer relaciones entre la distorsión cognitiva auto sirviente y la conducta antisocial. Su muestra estaba compuesta por 724 estudiantes holandeses de entre 13 y 17 años que formaban parte de un grupo de riesgo de conducta antisocial. Los resultados del estudio dejaron claro la relación existente entre las distorsiones cognitivas y la conducta antisocial. Además, la relación era estable en el tiempo y cuando aumentaba la cantidad de distorsiones cognitivas aumentaba el nivel de conducta antisocial.

Beerthuizen y Brugman (2012) tras realizar una investigación con una muestra de 542 adolescentes de 11 a 18 años concluyeron que los sesgos auto sirvientes no sólo estaban íntimamente relacionados con las conductas externalizantes agresivas, sino que además se trataba de un excelente predictor de la agresividad. Ire (2012) con una muestra de 287 adolescentes holandeses de entre 11 y 18 años y 142 estudiantes colombianos de 11 a 15 años realizó una investigación dirigida a demostrar la relación entre los sesgos auto sirvientes y la conducta intimidatoria. Los resultados confirmaron que los estudiantes colombianos tenían más conductas intimidatorias y mayor prevalencia de sesgos auto sirvientes.

Koolen, Poorthuis y van Aken (2012) con una muestra de 173 niños holandeses de 10 a 23 años relacionó los distintos sesgos auto sirvientes con la agresividad reactiva y proactiva buscando relacionar cuál de ellos correlacionaba más con cada tipo de agresión. La agresividad proactiva tuvo mayor correlación con el sesgo auto sirviente egocentrismo mientras que la agresividad reactiva se relacionó más con déficits en la codificación e interpretación de señales sociales. Larden, Melin, Holst y Langstrom (2006) usando una muestra de 116 adolescentes de entre 13 y 18 años pertenecientes unos a centros correccionales y otros a institutos normalizados trataron de comparar el nivel de sesgos auto sirvientes en cada uno de los grupos. Los resultados dejaron claro que los delincuentes mostraban mayor cantidad de distorsiones cognitivas auto sirvientes que el grupo de no delincuentes.

La literatura propuesta por Peña y Andreu (2012) apoya una correlación significativa entre distorsiones cognitivas y más concretamente con los sesgos auto sirvientes no sólo con la agresividad si no también con la conducta antisocial. Además, los estudios parecen indicar que el sesgo egocentrismo está más vinculado a la agresión proactiva y que los déficits en la interpretación y procesamiento de señales sociales con la agresión reactiva. Los adolescentes varones delincuentes constituyen el grupo que más distorsiones cognitivas ha mostrado según las investigaciones anteriores.

### *Sesgos auto humillantes*

Los sesgos auto humillantes provocan un daño en la autoestima de los sujetos, ya que se creen incapaces de adaptarse, subestiman su capacidad de solucionar problemas, se sienten inútiles y tiene una visión negativa y hostil de las personas que le rodean. La creencia de que son incapaces de resolver los conflictos cotidianos los lleva, entre otras conductas, a un mayor riesgo de consumo de drogas. Está muy relacionado con la ansiedad y la depresión, pero también con conducta antisocial y la agresividad (Peña y Andreu., 2012).



Epkins (2000) estudió la relación entre los sesgos auto humillantes y los problemas comportamentales tanto externalizantes como internalizantes. Su muestra estaba compuesta por 389 niños entre 8 y 12 años y otros 82 niños de entre 7 y 16 que recibían tratamiento psicológico. Los resultados establecieron que las distorsiones auto humillantes son específicas para problemas comportamentales internalizantes (depresión y ansiedad) y además tanto los grupos de la muestra categorizados como internalizantes y comórbidos mostraron una mayor cantidad de distorsiones cognitivas auto humillantes.

Giancola et al. (1999) investigó la relación entre las distorsiones cognitivas auto humillantes con la agresividad y el consumo de drogas. Su muestra la componían 165 adolescentes varones de 15 a 17 años de edad algunos con historia familiar de consumo de drogas y otros sin ella. Los resultados mostraron que tan sólo los varones con historial familiar de consumo de drogas mostraban una correlación significativa entre distorsiones cognitivas auto humillantes y conducta agresiva. Este resultado parece indicar que la construcción de estas distorsiones viene dada por castigos físicos, abandono y uso de drogas por parte de sus padres. Además, los investigadores concluyeron que independientemente de la presencia de historial familiar de drogas o no, la presencia de distorsiones cognitivas auto humillantes estaba relacionada con el consumo de drogas en varones adolescentes.

Leung y Poon (2001) pusieron en práctica el Cuestionario de Distorsiones Cognitivas en Niños (CCDQ) que contiene sólo tres distorsiones cognitivas: personalización, catastrofismo y atribución externa. La muestra estaba compuesta por 581 adolescentes entre 12 y 18 años. Los resultados demostraron que los comportamientos internalizantes como la ansiedad estaban más relacionados con el temor al daño físico o psicológico mientras que los comportamientos externalizantes estaban más relacionados con la percepción de injusticia, hostilidad y búsqueda de gratificación inmediata (déficit en demora de la recompensa).

Levesque y Marcotte (2005) realizaron un estudio enfocado en encontrar una correlación entre las distorsiones cognitivas auto humillantes y trastornos de conducta, delincuencia y depresión. Usaron el Cuestionario de Estilos Cognitivos (CST) desarrollado sobre la teoría de Beck (2003). Su muestra estaba formada por 373 adolescentes de entre 12 y 17 años. En este estudio se relacionó la depresión y la comorbilidad de trastornos con los sesgos auto humillantes, pero no se logró una correlación directa no la delincuencia.

Las investigaciones evaluadas por Peña y Andreu (2012) en su revisión dejan entrever en este caso que los sesgos auto humillantes están más relacionados con el consumo de drogas, la ansiedad y la depresión que directamente con el comportamiento agresivo. Aun así, es un campo dónde falta investigación. No debemos olvidar que el consumo de drogas es responsable de más violencia que todas las enfermedades mentales juntas (MacArthur, 1998) y por ello disponer de herramientas que nos permitan predecir un futuro consumo de drogas en adolescentes puede influir positivamente en la predicción de la agresividad.

### *Regulación Emocional*

Las emociones son adaptativas, comunicativas, conservadoras de energía y la 6 básicas son universales (Ramos-Cejudo, Salguero, Kannis-Dymand, García-Sancho y Love, 2017). Las emociones básicas son: el miedo, el asco, la ira, la alegría, la sorpresa y la tristeza. Según el modelo circuplejo de Russell (1980) podemos enmarcar las emociones en dos ejes, el eje placer-displacer y el eje activación (arousal) alta o baja. El miedo, la ira y el asco son emociones displacenteras con un alto nivel de activación. Las emociones son multidimensionales, están compuestas por un componente fisiológico, uno cognitivo y otro motor. La conducta emocional es consecuencia de la actividad cognitiva que el sujeto realiza sobre la situación (elaboración, interpretación, valoración, atribución...). Esta actividad cognitiva determina la cualidad y la intensidad emocional.

Schachter y Singer (1962) trataron de emular el experimento ya llevado a cabo por Marañón (1922) en el que inyectaban adrenalina a sujetos con el fin de demostrar que la experiencia fisiológica

experimentada a causa de la adrenalina influía en la emoción. Marañón, concluyó que efectivamente la emoción debía tener un componente fisiológico. Sin embargo, Schachter y Singer, en su experimento introdujeron la variable “expectativa” demostrando que aquellos que ignoraban que les había sido administrada adrenalina no exteriorizaban ningún tipo de emoción relacionada con la inyección. Este experimento deja claro que la emoción está vinculada de manera intrínseca a la cognición. Es esta relación la que explica que la experimentación de fuertes emociones provoque alteraciones en procesos cognitivos como la memoria y la atención, generando sesgos como los revisados en el punto anterior.

De todas las emociones, para investigar sobre agresividad, la que más nos interesa es la ira. La ira es la emoción básica que aparece cuando interpretamos irrupción en el terreno personal, injusticia o daño. Se pone en marcha en situaciones adversas y frustrantes (Ramos-Cejudo, 2018). Berkowitz (1965) realizó un experimento en el que comparaba los niveles de agresividad entre dos grupos expuestos a una película violenta, uno de los cuales había sido enfadado o amenazado previamente por un investigador. Tan sólo aquellos que fueron expuestos a las amenazas o a la agresión del investigador mostraron tasas altas de agresividad. La agresividad requiere de un componente afectivo y de un componente cognitivo para generar un componente conductual.

Llorca-Mestre, Malonda-Vidal y Samper-García (2017) desarrollaron una investigación enfocada en analizar los procesos cognitivos y emocionales que interactúan con la conducta prosocial y con la conducta agresiva. Su muestra estaba formada por 440 adolescentes, 220 de ellos eran adolescentes internados en centros de menores y el resto estaban escolarizados con normalidad en centros públicos y privados. Los menores delincuentes mostraron mayores tasas de ira, menores tasas de empatía y mayores niveles de agresividad. Además, a través de los resultados del estudio también se estableció que los mejores inhibidores de la agresividad eran la regulación de la ira y el desarrollo de la empatía en los jóvenes

Según la literatura revisada lo importante no sólo es tener marcadores altos en ira, si no lo que los individuos hacen con ella cuando la experimentan. Aquí es donde entran los estilos de afrontamiento y las estrategias de regulación emocional. Gross (1998) a través de su experiencia clínica con pacientes con depresión y ansiedad descubre que la exposición a situaciones aversivas supone una respuesta fisiológica de frecuencia cardíaca, sudoración y conductancia de la piel, alta, sobre todo para las personas que intentan suprimir la expresión de la emoción y no pensar en ella.

Gross y Feldman-Barrett (2011) crean el modelo del proceso de regulación emocional. Ante un estímulo podemos cambiar nuestra atención y lo que interpretamos sobre el estímulo: modificar el foco atencional y trabajar la reinterpretación de la situación. Una vez se produce la respuesta emocional es muy difícil modificarla (curiosamente es cuando más se ha tratado de abordar). Por tanto, para reducir las respuestas fisiológicas y cognitivas derivadas de la emoción hay que trabajar sobre la atención y la interpretación del estímulo. Por lo tanto, ante la experiencia de la emoción surgen dos estrategias generales de regulación emocional: la supresión emocional y la reevaluación cognitiva.

La supresión emocional, es decir, tratar de evitar la emoción suprimiendo su expresión tiene consecuencias negativas: en el plano afectivo activa la amígdala, disminuye las experiencias positivas y aumenta las negativas; cognitivamente empeora el funcionamiento de la memoria y socialmente provoca peores relaciones con los demás. La reevaluación cognitiva, por otro lado, afectivamente disminuye la experiencia negativa y aumenta la positiva; cognitivamente mejora el rendimiento y no disminuye la memoria y socialmente no presenta ninguna consecuencia negativa.

Según Garnefski et al. (2001) existen nueve estrategias cognitivas específicas de regulación emocional: Auto culpabilización, Culpabilización del otro, Rumiación, Catastrofismo, Poner el problema en perspectiva, Reenfoco positivo, Reevaluación positiva, Aceptación y Enfocarse en la planificación. Estas estrategias son usadas de manera estable y recurrente por los individuos al enfrentarse a un evento negativo, pero al contrario que los rasgos de personalidad pueden ser aprendidas y modificadas con el tiempo.

En esta línea, Maestre, Samper, Tur-Porcar, Richaud de Minci y Mesurado (2015) realizaron una investigación enfocada en determinar de qué manera y en qué medida las estrategias de afrontamiento/regulación emocional y las emociones estaban relacionados con la conducta agresiva. Para ello evaluaron a 1557 niños de entre 12 y 15 años. Los resultados muestran diferencias significativas en agresividad e inestabilidad emocional. Los adolescentes de mayor edad (14-15 años) puntuaron más alto en ambas variables que los más pequeños. Independientemente de la edad los resultados muestran que las estrategias usadas mayoritariamente por los adolescentes eran no improductivas. En torno a la agresividad, se formaron dos grupos extremos, de baja agresividad y de alta agresividad. Los resultados mostraron que aquellos individuos que puntuaban más bajo en agresividad tendían a usar estrategias de afrontamiento centradas en resolver el problema y estrategias de apoyo en los demás. Aquellos que puntuaron más alto en agresividad correlacionaron con estrategias de afrontamiento improductivo.

Este estudio demuestra el factor de protección que suponen las estrategias de afrontamiento centradas en resolver el problema y en buscar el apoyo de los demás frente a la agresividad. En tanto a la regulación emocional específica para la ira surgen diversos modelos. El modelo de regulación de la ira de Novaco (1977) fue uno de los pioneros y trataba de investigar el problema del TEPT en veteranos de guerra. Según Novaco si no hay cognición no hay emoción, de modo que para el procesamiento de la ira hay que tener en cuenta tanto el estímulo externo como la activación psicofisiológica, la activación cognitiva y la respuesta o conducta. De esta hipótesis nace el Novaco Anger Scale and Provocation Inventory (NAS-PI), que mide la ira de forma multidimensional, con factores o ítems cognitivos, activación psicofisiológica, conducta, ítems de regulación de la ira y de provocación.

Otro de los modelos más representativos es el propuesto por Denson (2013). Plantea que la ira se “rumia”. Nos referimos como rumiación a una serie de pensamientos negativos y repetitivos sobre los recuerdos del suceso evocador de ira, la reexperimentación de la respuesta de ira y los pensamientos de venganza (Ramos-Cejudo et al., 2017). La rumiación tiene como efectos el aumento de reactividad cardiovascular, presión y frecuencia cardíaca y mayor volcado de niveles de cortisol. Además, a nivel afectivo rumiar sobre un suceso que nos generó ira, mantiene en el tiempo e incluso aumenta esta emoción en intensidad (Kross y Ayduk, 2008).

A pesar de todo lo anterior, quizá la consecuencia de la rumiación de la ira que más nos interesa en esta revisión es la conductual: rumiar aumenta la probabilidad de consumo de drogas y de agresión física y verbal. La rumiación provoca a su vez un agotamiento de la glucosa que alimenta los circuitos neuronales encargados de la actividad ejecutiva, que son los mismos que los que controlan la regulación emocional, lo que provoca una disminución de la capacidad para la planificación y el autocontrol (Denson, 2013; Ramos-Cejudo et al., 2017). La investigación llevada a cabo por Rey y Extremera (2012) examinó la relación entre el uso de estrategias de regulación cognitivo-emocional, la agresividad físico-verbal y la depresión en una muestra compuesta por 248 adolescentes de entre 11 y 18 años.

Los resultados con respecto a la agresividad mostraron que los modelos de regulación cognitivo-emocional sólo tuvieron una correlación estadísticamente significativa con la agresión en chicos. Los estilos de regulación que correlacionaron positivamente con la aparición de comportamientos agresivos fueron la auto culpabilización (.26) y sobre todo la rumiación (.31).

Ramos, Salguero, Kannis, García y Love (2017) conscientes de la importancia de la rumiación como estrategia cognitiva de regulación emocional inadecuada y de las implicaciones de su uso por parte de los individuos en la reproducción de conductas agresivas, validaron su herramienta para medir rumiación para población australiana y española. La Anger Rumination Scale está compuesta por cuatro dimensiones: Recuerdo de la ira, Pensamientos de venganza, Pensamientos tardíos y Entendimiento de las causas. La validación de la herramienta se probó con 1752 individuos para demostrar la validez y la fiabilidad de la escala en comparación con otras escalas empíricamente respaldadas. Los resultados establecieron buenas propiedades psicométricas, validez tanto en la convergencia como en la discriminación de variables y asociaciones dirigidas en la dirección que los investigadores hipotetizaban

tras la aplicación del test. Por todo ello, la ARS constituye una buena herramienta para la medición de rumiación y por lo tanto para la predicción de la agresividad en jóvenes.

En definitiva, según la bibliografía revisada al respecto parece claro que la ira y las estrategias cognitivas de regulación emocional inadecuadas, como lo es la rumiación, tienen una clara relación con el desarrollo de conductas agresivas en los jóvenes. Las estrategias de regulación emocional son modificables y los sujetos pueden aprenderlas e introducirlas en los conflictos presentes en su vida cotidiana. Por ello, un mayor énfasis en inteligencia emocional y regulación emocional en los centros educativos ayudaría a mejorar el control de la ira y en consecuencia llevar a un menor desarrollo de conductas agresivas, un aumento de la empatía y de la conducta prosocial en los jóvenes.

### *Estilos parentales inadecuados*

La calidad de las relaciones familiares es una variable imprescindible para la correcta comprensión de los problemas de ajuste de los adolescentes tales como la agresividad (García-Linares, García-Moral y Casanova-Arias, 2014).

Por ello, Swaim, Henry y Kelly (2006) enfocaron su investigación en analizar las variables individuales y familiares que tuviesen un peso estadísticamente significativo en la predicción de la agresividad en adolescentes. Su muestra la componían 1440 adolescentes de entre 12 y 15 años escolarizados en centros de enseñanza en el medio rural. Cinco variables familiares fueron analizadas: socio demografía familiar, actitudes familiares frente a la violencia, acciones familiares sobre la violencia y relaciones familiares.

El factor predictor más potente de la agresividad después del género fueron las acciones familiares sobre la violencia, es decir, la diligencia activa por parte de los padres en prevenir la violencia de sus hijos. Zuñeda, Llamazares, Marañón y Vázquez (2016) dirigieron su enfoque en analizar las diferencias en distintas variables entre ellas el entorno familiar y la agresividad en 34 adolescentes de entre 10 y 21 años envueltos en dinámicas de violencia filio-parental. Sus resultados mostraron que los adolescentes envueltos en violencia filio parental presentaban mayor agresividad física (.58) e ira (.45). La variable emocional tan intensa en estos sujetos podría relacionarse con una mayor preeminencia del tipo de agresividad reactivo en este tipo de dinámicas.

Entre las distintas variables familiares es destacable la importancia de las prácticas educativas parentales, definidas como la serie de conductas que caracterizan la relación de los padres con sus hijos en función de la situación (Glasgow, Dornbush, Troyer, Steinberg y Ritter, 1997). En este aspecto se muestran dos dimensiones fundamentales: el afecto y el control y supervisión. En torno al control, existen tres estilos parentales disciplinarios de aplicarlo: la disciplina rígida, caracterizada por el abuso del poder, la fuerza y el castigo para evitar conductas indeseadas; la inductiva, es decir, tratar de hacer ver al hijo las consecuencias de sus conductas en otras personas y por último la indulgente, que tolera en gran medida el comportamiento inadecuado del hijo. De estas tres estrategias la inductiva es la mejor considerada para reprender y corregir a niños y adolescentes. Por otro lado, las otras dos estrategias correlacionan positivamente con la agresividad mientras que las actitudes de apego y comunicación lo hacen de manera negativa (García-Linares et al., 2014).

García-Linares, García-Moral y Casanova-Arias (2014) realizaron una investigación dirigida a examinar la influencia de las prácticas educativas paternas en el comportamiento agresivo de los adolescentes. Su muestra estaba compuesta por 326 chicos y chicas de entre los 10 y los 16 años. En cuanto a los resultados, reflejaron en primer lugar, que los chicos eran más agresivos físicamente que las chicas y que eran más vulnerables a las prácticas paternas negativas de rechazo y disciplina rígida. En relación a la edad, los adolescentes de menor edad valoraban más positivamente las estrategias educativas de sus padres mientras que a medida que crecen las prácticas educativas parecen recrudescerse según la percepción de los propios adolescentes.

Los datos indicaron que había una correlación sólida entre las prácticas educativas de afecto y disciplina inductiva con una menor presencia de conductas agresivas y una correlación significativa entre la agresión física (primer valor) y agresión verbal (segundo valor) y las estrategias educativas basadas en el rechazo (.39;.34), la disciplina rígida (.40;.28) y la disciplina indulgente (.28;.12). El rechazo, según este estudio se erige como la variable predictiva más potente. De este estudio se extrae que las prácticas educativas de crítica-rechazo y las formas de disciplina rígida e indulgente permiten predecir la agresividad en adolescentes. García-Linares y Carpio (2015) investigaron la relación entre las prácticas educativas parentales y la agresividad proactiva, reactiva y mixta. La muestra estaba formada por 516 adolescentes de entre 12 y 19 años.

Los resultados mostraron que todas las prácticas educativas positivas analizadas en el estudio (afecto, promoción de la autonomía, revelación y disciplina inductiva) correlacionaban negativamente con la agresividad general mientras que los estilos parentales negativos (rechazo, control psicológico, disciplina rígida y disciplina indulgente) presentaron una correlación positiva. También se comprobó en consonancia con estudios anteriores que los chicos tenían la percepción de estar más expuestos a estilos educativos deficientes que las chicas.

Con respecto a los diferentes subtipos de agresividad, la proactiva correlacionó negativamente con el afecto (-.18) y la estrategia educativa de revelación (-.21) y positivamente con la disciplina indulgente (.19). En el caso de la agresividad reactiva, el rechazo (.28), el control psicológico (.18) y la disciplina rígida (.28) correlacionaron positivamente mientras que la promoción de autonomía (-.19) mantuvo su efecto en la reducción de la agresividad.

En el caso de la agresividad de tipo mixto, las variables relacionadas con el estilo educativo del padre cobran una especial relevancia frente a las de la madre. Los adolescentes de tipo mixto correlacionaban positivamente con rechazo, disciplina rígida, menor promoción de la autonomía y menor revelación y además mostraban menos niveles de disciplina inductiva y mayores de disciplina indulgente.

En la misma línea García-Moral, Sánchez-Queija y Gómez-Veiga (2016) analizaron el efecto diferencial del estilo educativo paterno y materno en 271 adolescentes de entre 10 y 14 años. Los resultados mostraron que los estilos educativos positivos (afecto, promoción de la autonomía, el control conductual y revelación) correlacionaban de manera positiva con la agresividad, reduciéndola. Sin embargo, las estrategias de revelación (confidencia, revelación de secretos...) sólo tenían impacto si las aplicaba la madre y la promoción de la autonomía correlacionaba con presencia de comportamientos agresivos. Por otro lado, el control conductual (-.42) y el afecto por parte del padre (-.28) provocaban un mayor impacto sobre la reducción de la presencia de conductas agresivas que el resto. Ante estos datos, el artículo concluye que el estilo educativo llevado a cabo por el padre es más predictivo para la agresividad que el llevado a cabo por la madre.

En conclusión, los resultados de la literatura revisada muestran que las estrategias y estilos parentales influyen tanto de manera positiva como de manera negativa en el desarrollo de conductas agresivas por parte de los adolescentes. Un estilo disciplinario inductivo, un buen afecto, una buena comunicación y revelación dentro de la familia y una promoción de la autonomía por parte de los padres, según los estudios, parece la mejor manera para lidiar con la educación y control sobre los hijos.

### *Conducta Antisocial*

La conducta antisocial está caracterizada por aglomerar una serie de comportamientos que infringen las reglas sociales acarreando graves consecuencias y se dirigen hacia los demás, ya sea en forma de agresión o de otro tipo de vulneraciones de la norma o la integridad física y/o moral (Andreu y Peña 2013). La conducta antisocial tiende a persistir cuando los jóvenes se convierten en adultos (Kazdin y Buena-Casal, 2002).

Esta serie de conductas no tienden a presentarse de manera independiente si no que se relacionan fuertemente entre sí formando agrupaciones de comportamientos problemáticos (Kazdin y Buena-Casal,

2002). La propia naturaleza diversa de la constelación que dibujan las distintas acciones que conforman la conducta antisocial ha provocado problemas de consenso entre la comunidad científica a la hora de conceptualizar el fenómeno. Ante esta falta de consenso, Andreu y Peña (2013) desarrollaron la Escala de Conducta Antisocial y Delictiva que no sólo se trata de una herramienta de medida de la conducta antisocial, sino que además propone un modelo respecto a los comportamientos implicados en dicha conducta.

Estos comportamientos según Andreu y Peña (2013) podrían clasificarse en: Comportamientos predelictivos; como faltar a clase, fugarse de casa, viajar en transportes públicos sin pagar o conducir sin permiso, Comportamientos vandálicos; daños a mobiliario público urbano, Infracciones contra la propiedad; robos, hurtos y allanamiento, Comportamientos violentos; participación en agresiones y/o posesión de armas y Consumo de alcohol y otras drogas como hachís, cocaína o anfetaminas. La escala fue probada con una muestra de 640 participantes de entre 12 y 18 años mostrando una buena fiabilidad y validez convergente.

En una investigación posterior Penado, Andreu y Peña (2014) utilizaron dicha escala, el RPQ de Raine et al (2006) adaptado a la población objetivo por Andreu, Peña y Ramírez (2009) y la Escala de impulsividad de Plutchik (Plutchik y Van Praag, 1989) con el objetivo de evaluar el peso de las distintas variables sobre la agresividad reactiva, proactiva y mixta en adolescentes. Para ello evaluaron a una muestra de 640 adolescentes de entre 12 y 17 años.

Con respecto los resultados que arroja esta investigación sobre la conducta antisocial caben destacar una más que significativa correlación estadística con la agresividad proactiva (.626) y la agresividad de tipo mixto (.601). Según el estudio, el 26,2% de la variabilidad pueden ser explicados por la unión de las variables impulsividad y conducta antisocial para la agresividad reactiva mientras que el 39,1 % de la variabilidad en agresividad proactiva y un 36,1 % en la mixta puede ser explicado solamente recurriendo a la variable conducta antisocial.

Por lo tanto, la conducta antisocial no sólo se constituye como un muy buen predictor de la agresividad general si no que se convierte en uno de los mejores predictores del subtipo de agresividad proactiva y mixto según esta investigación. Previamente, Andreu, Peña y Larroy (2010) ya investigaron la relación entre la agresividad reactiva y proactiva en adolescentes con la impulsividad, las creencias justificativas y la conducta antisocial. Su muestra estaba compuesta 320 adolescentes de entre 12 y 17 años.

Refrescando los resultados ya expuestos en la parte del trabajo dedicado a la impulsividad estos mostraron que la agresión proactiva correlacionaba de manera estadísticamente significativa con conducta antisocial de manera directa (.58). La conducta antisocial también correlacionó, aunque en menor medida, con la agresión reactiva (.42). Este estudio demuestra la relación de la agresión instrumentalizada y la conducta antisocial, abriendo vías a la intervención al respecto de la “desinstrumentalización” de la agresividad a través de terapia cognitiva.

Las conductas antisociales no agresivas, y en especial las predelictivas pueden transformarse en un muy buen indicador de la aparición de comportamientos agresivos en el futuro. Así, teniendo en cuenta este marcador, la intervención precoz en adolescentes es más sencilla si desarrollamos los mecanismos de detección en base a este tipo de variables que han demostrado ser muy potentes en la predicción de la agresividad.

## **Conclusiones**

Para finalizar la presente revisión de variables estableceremos una serie de conclusiones que sintetizan el valor teórico de este trabajo:

El modelo dicotómico de la agresión que la divide en las tres subcategorías: reactiva, proactiva y mixta ha mostrado ser un modelo muy válido para poder estudiar las variables posiblemente relacionadas con cada tipo de agresión según la literatura analizada.

La edad de mayor sensibilidad con respecto al desarrollo de comportamientos agresivos es la preadolescencia, entre los 12 y los 14 años, coincidiendo con la edad de proliferación de los delitos violentos según la curva del delito. Todos los artículos analizados han demostrado la mayor inclinación de los chicos hacia la agresividad.

La impulsividad se constituye como un buen predictor de la agresividad general y más concretamente de la agresividad reactiva. El subtipo de impulsividad motora ha sido el que más impacto ha tenido con respecto a la agresividad.

Los delinquentes varones mostraron un mayor nivel de distorsiones cognitivas. Los sesgos auto sirvientes de egocentrismo y déficits en la interpretación y procesamiento de señales sociales demostraron una buena correlación con agresividad proactiva y reactiva respectivamente. Los sesgos auto humillantes tuvieron mayor relación con el consumo de drogas, la ansiedad y la depresión que directamente con la agresión.

La literatura consultada confirma una correlación estadísticamente significativa entre las estrategias de regulación ineficientes, como la rumiación de la ira o la negación y la reproducción de conductas agresivas.

Los estilos parentales basados en una disciplina rígida o indulgente y las estrategias de enseñanza basadas en la crítica-rechazo correlacionaron con una mayor tasa de agresividad en jóvenes. La promoción de independencia, el afecto y la disciplina inductiva por otro lado correlacionaban negativamente con agresividad.

La conducta antisocial tanto violenta como no violenta se erige como uno de los mejores predictores de la agresividad, concretamente de la agresión proactiva, siendo imprescindible su valoración si se quiere analizar la agresividad de manera efectiva.

Este trabajo de revisión ha tratado de reunir una serie de variables que explican de manera más o menos potente la presencia de conductas agresivas en jóvenes. Sin embargo, hay muchísimas otras variables que tendría sentido introducir en un futuro modelo/herramienta que pretenda englobar la naturaleza multifactorial de la agresividad. Una de las grandes limitaciones de este trabajo es no haber podido abarcar todos los posibles factores relacionados con la agresividad representados en la literatura disponible actualmente pero que finalmente por la propia naturaleza de este tipo de trabajos no han sido incluidas. Sin embargo, respecto a los factores que si han sido analizados si hay ciertas puntualizaciones que merece la pena señalar:

En torno a la conducta antisocial y su relación con la agresividad, considero que sería interesante utilizar herramientas validadas para medir conducta antisocial, pero aislando los ítems relacionados con conductas violentas. De esta manera, podríamos demostrar qué impacto predictivo tienen las conductas antisociales no violentas en la agresividad. Esto es importante sobre todo en las denominadas conductas predelictivas.

Otra de las propuestas viene a colación de la importancia de la regulación emocional en la agresividad. Implementar asignaturas relacionadas con el entrenamiento y mejora de las habilidades a la hora de regular las emociones de los niños y adolescentes al enfrentarse a los conflictos del día a día puede marcar un diferencial con respecto al desarrollo de conductas cada vez más violentas a medida que crecen, al obtener otros tipos de estrategia diferentes a la agresión a su alcance.

Con respecto a los estilos parentales ya existen políticas públicas dirigidas a la formación de padres primerizos, pero este tipo de medidas no llegan a toda la población y teniendo en cuenta los datos que aporta esta revisión parece sensato, si queremos reducir los niveles de agresividad de nuestros jóvenes, mejorar este tipo de servicios para intentar que los padres proporcionen un afecto y una disciplina correctos a sus hijos.

También es de interés el hecho de que prácticamente todos los estudios revisados se han realizado en el ámbito escolar y basándose generalmente en agresividad física y verbal directa. Medir en otros contextos y otras manifestaciones de la agresividad podría darnos una información más completa sobre las diferencias individuales en este constructo. Finalmente, es importante destacar la

importancia de la investigación en agresividad para el estudio del crimen. Si bien la gran mayoría de los delitos que se cometen son leves y no conllevan ningún tipo de agresión, aquellos que más preocupan suelen incorporar una medida de agresividad. Delitos violentos y la agresividad como constructo están intrínsecamente relacionados, por ello, la investigación en uno ayudaría a esclarecer las causas del otro. Determinar la etiología real de la delincuencia violencia ayudaría también a abordarla y a luchar contra ella de una manera más eficaz.

### Referencias

- Achenbach, T. M. y Edelbrock, C. S. (1987). *Manual for the youth self-report and profile*. Burlington, VT: University of Vermont, Department of Psychiatry.
- Andreu, J. M., Peña de la, M. E. y Larroy, C. (2010). Conducta antisocial, impulsividad y creencias justificativas: Análisis de sus interrelaciones con la agresión proactiva y reactiva en adolescentes. *Behavioral Psychology*, 18(1), 57-72.
- Andreu, J. M., Peña de la, M. E. y Penado, M. (2012). Análisis de la impulsividad en diferentes grupos de adolescentes agresivos. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 12, 441-452.
- Andreu, J. M. y Peña de la, M. E. (2012). Distorsiones cognitivas: Una revisión sobre sus implicaciones en la conducta agresiva y antisocial. *Psicopatología Clínica, Legal y Forense*, 12, 85-99.
- Andreu, J. M. y Peña de la, M. E. (2013). Propiedades Psicométricas de la Escala Conductual Antisocial y Delictiva en adolescentes. *Anales de Psicología*, 29(2), 516-522.
- Andreu, J. M., Penado, M. y Peña de la, M. E. (2014). Agresividad reactiva, proactiva y mixta: análisis de los factores de riesgo individual. *Anuario de Psicología Jurídica*, 24, 37-42.
- Blasco, M. y Orgilés, M. (2013). Agresividad en menores de 18 años jugadores de fútbol: Diferencias en función del sexo y la edad y en comparación con los jugadores de baloncesto. *Cuadernos de Psicología del Deporte*, 14, 21-26.
- Beerthuizen, M. G. y Brugman, D. (2012). *The impact of morality on externalizing behavior*. ZuidamUihof Drunkkerijen, Utrecht.
- Berkowitz, L. (1965). Some Aspects of observed aggression. *Journal of Personality and Social Psychology*, 2, 359-369.
- Bersabé, R., Fuentes, M. J. y Motrico, E. (2001). Análisis psicométrico de dos escalas para evaluar estilos educativos parentales. *Psicothema*, 13, 678-684.
- Bettencourt, A. y Miller, N. (1996). Gender Differences in Aggression as a Function of Provocation: A Meta-Analysis. *Psychological Bulletin*, 119(3), 422-447.
- Buss, A. H. y Perry, M. (1992). The aggression questionnaire. *Journal of Personality and Social Psychology*, 63, 452-459.
- Crick, N. y Dodge, K. (1994). A Review and Reformulation of Social Information Processing Mechanisms in Children's Social Adjustment. *Psychological Bulletin*, 115(1), 74-101.
- Flor de la, P. y Varela, A. (2018). *Delincuencia juvenil en Pinto: Un autoinforme sobre actitudes, conductas y consumo de drogas en menores*. Pendiente de publicación. Madrid, España.
- Denson, T. F. (2013). The Multiple Systems Model of Angry Rumination. *Personality and Social Psychology Review*, 17(2), 103-123.
- Epkins, C. C. (2000). Cognitive specificity in internalizing and externalizing problems in community and clinical-referred children. *Journal of Clinical Child Psychology*, 29, 199-208.



- García-Linares, M. y Carpio, M. V. (2015). Las prácticas educativas paternas y la agresividad premeditada e impulsiva de los hijos adolescentes. *Behavioral Psychology*, 23(1), 161-179.
- García-Linares, M., García-Moral, A. y Casanova-Arias F. (2014). Prácticas educativas paternas que predicen la agresividad evaluada por distintos informantes. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 46(3), 198-210.
- García-Moral, A., Sánchez-Queija, I. y Gómez-Veiga, I. (2016). Efecto diferencial del estilo educativo paterno y materno en la agresividad durante la adolescencia. *Behavioral Psychology*, 24(3), 497-511.
- Garnefski, N., Kraaij, V. y Spinhoven, P. (2001). Negative life events, cognitive emotion regulation and emotional problems. *Personality and Individual Differences*, 30(8), 1311-1327.
- Giancola, P., Mezzich, A., Clark, D. y Tarter R. (1999). Cognitive distortions, aggressive behavior, and drug use in adolescent boys with and without a family history of a substance disorder. *Psychology of Addictive Behaviors*, 13, 22-32.
- Gross, J. J. (1998). The Emerging Field of Emotion Regulation: An Integrative Review. *Review of General Psychology*, 2(3), 271-299.
- Gross, J. J. y Barrett, L. (2011). Emotion Generation and Emotion Regulation: One or Two Depends on Your Point of View. *Emotion Review*, 3(1), 8-16.
- Irle, H. (2012). *Moral cognition and bullying in secondary school-a cross-cultural study*. Tesis Doctoral. Utrech University, The Netherlands.
- Koolen, S., Poorthuis, A. y van Aken, M. A. G. (2012). Cognitive Distortions and Selfregulatory Personality Traits Associated with Proactive and Reactive Aggression in Early Adolescence. *Therapy and Research*, 36, 776-787.
- Kross, E. y Ayduk, O. (2008). Facilitating Adaptive Emotional Analysis: Distinguishing Distanced-Analysis of Depressive Experiences From Immersed-Analysis and Distraction. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 34(7), 924-938.
- Larden, M., Melin, L. Holst, U. y Langstrom, N. (2006). Moral judgement, cognitive distortions and empathy in incarcerated delinquent and community control adolescents. *Psychology, Crime and Law*, 12(5), 453-462.
- Leung, P. W. y Poon, M. W. (2001). Dysfunctional Schemas and Cognitive Distortions in Psychopathology. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 42, 755-765.
- Levesque, N. y Marcotte, D. (2005). Cognitive Distortions Of Adolescents Presenting Depressive And Externalized Symptoms. *Revue Québécoise de Psychologie*, 26(2), 199 - 222.
- Llorca-Mestre, A., Malonda-Vidal, E. y Samper-García, P. (2017). Prosocial reasoning and emotions in young offenders and non-offenders. *The European Journal of Psychology Applied to Legal Context*, 9, 65-73.
- Loeber, R., Farrington, D. y Redondo, S. (2011). *La transición de la delincuencia juvenil a la delincuencia adulta*. *Revista Española de Investigación Criminológica*, 9, 1-41. Disponible en: <https://reic.criminologia.net/index.php/journal/article/view/123/120>
- Martínez-Loredo, V., Fernández-Hermida, J. R., Fernández-Artamendi, S., Carballo, J. L. y García-Rodríguez, O. (2015). Spanish adaptation and validation of the Barratt Impulsiveness Scale for early adolescents (BIS-11-A). *Journal of Clinical and Health Psychology*, 15, 274-282.
- Mestre, V., Samper, P., Tur-Porcar, A. M., Richaud de Minzi, M. C. y Mesurado, M. (2012). Emociones, estilos de afrontamiento y agresividad en la adolescencia. *Universitas Psychologica*, 11(4), 1263-1275.

- Novaco, R. W. (1977). Stress inoculation: A cognitive therapy for anger and its application to a case of depression. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 45(4), 600-608.
- Oliva, A. y Parra, A. (2008). Estilos relacionales parentales y ajuste adolescente. *Infancia y Aprendizaje*, 31, 93-106.
- Peña de la, M. E. (2010). *Conducta antisocial en adolescentes: factores de riesgo y de protección*. Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid.
- Pulido Valero, R., Martín Seoane, G. y Lucas Molina, B. (2011). La modalidad de agrupamiento educativo como variable relevante en el análisis de la violencia escolar. *Revista de Educación*, 356, 457-481.
- Raine, A., Andreu, J. M. y Martín, J. (2006). Un modelo dicotómico de la agresión: valoración mediante dos autoinformes (CAMA Y RPQ). *Psicopatología Clínica, Legal y Forense*, 6, 25-42.
- Ramos-Cejudo, J., Salguero, J.M., Kannis-Dymand, L., García-Sancho, E. y Love, S. (2017). Anger rumination in Australia and Spain: Validation of the Anger Rumination Scale. *Australian Journal of Psychology*, 69, 293-302.
- Rey, L. y Extremera, N. (2012). Physical-Verbal Aggression and Depression in Adolescents: The role of cognitive emotion regulation strategies. *Universitas Psychologica*, 11(4), 1245-1254.
- Riaño-Hernández, D., Guillen R.A y Buela-Casal, G. (2015). Conceptualización y evaluación de la impulsividad en adolescentes: una revisión sistemática. *Universitas Psychologica*, 14(3), 1077-1090.
- Russell, J. (1980). A circumplex model of affect. *Journal of Personality and Social Psychology*, 39(6), 1161-1178.
- Samper, P., Tur, A. M., Mestre, V. y Cortés., M. T. (2008). Agresividad y afrontamiento en la adolescencia. Una perspectiva intercultural. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 8(3), 431-440.
- Schachter, S. y Singer, J. (1962). Cognitive, social, and physiological determinants of emotional state. *Psychological Review*, 69(5), 379-399.
- Swaim, R., Henry K. y Kelly K. (2006). Predictors of Aggressive Behaviors among Rural Middle School Youth. *The Journal of Primary Prevention*, 27(3), 229-243.
- Toldos, M. P. (2005). Sex and age differences in self-estimated physical, verbal and indirect aggression in Spanish adolescents. *Aggressive Behavior*, 31(1), 13-23.
- Zuñeda, A., Llamazares, A., Marañón, D. y Vázquez, G. (2016). Características individuales y familiares de los adolescentes inmersos en violencia filio-parental: La agresividad física, cohesión familiar y el conflicto interparental como variables explicativas. *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*, 21(1), 21-33.